

del *Instituto de Sordo-mudos*, fundacion del célebre abate *L'Epée*, en donde se admira igualmente el ingenio y la constancia del hombre para aliviar en sus semejantes la falta de las más notables facultades.—Otros muchos asilos hay, tales como el destinado á recibir las mujeres embarazadas, el de los *niños expósitos*, en que se reciben por término medio cinco mil quinientos en cada año, y un sinnúmero de establecimientos conocidos con el nombre de Casas de Sanidad (*Maisons de santé*), donde se encuentran habitaciones y camas para recibir á los enfermos que no puedan contar en sus casas con la debida asistencia, y se les cuida con el mayor esmero mediante una retribucion convenida.

Ademas de la Junta Administrativa de los establecimientos de Beneficencia, existen multitud de Sociedades filantrópicas con diversas denominaciones, como *Sociedad Maternal*, la *de la Providencia*, la *de los Prisioneros*, la *de Reforma de cárceles*, la *de Niñas desamparadas*, la *de Salas de asilo* (escuelas de párvulos), las asociaciones parroquiales y otras infinitas, que, auxiliadas unas con el concurso del Gobierno, y sustentadas únicamente otras por la pública caridad, contribuyen á sostener aquellos infinitos establecimientos, donde encuentran proteccion y asilo en su orfandad, consuelo y alivio en sus dolencias *más de noventa mil personas*.

Para terminar aquí con las asociaciones filantrópicas, me limitaré á hacer mencion de la *Caja de Ahorros*, establecimiento admirable, fundado en 1818, al cual concurren de tres á cuatro mil personas cada domingo á depositar sus economías, desde la suma de un franco hasta la de trescientos; siendo tal su importancia, que en el año último de 1840 ha dado los resultados siguientes: total recibido en el año, treinta y cuatro millones setecientos no-

venta y seis mil quinientos quince francos con setenta y dos céntimos.—Devuelto: treinta y tres millones setecientos noventa y ocho mil cuatrocientos ochenta y cuatro francos veinte y tres céntimos.—El número de libretas corrientes al fin del año en la caja pasaba de ciento veinte y cinco mil, las cuales tenían existentes en caja setenta y cinco millones de francos (unos trescientos millones de reales), cuyas enormes sumas tienen allí inmediata aplicación pasando al Tesoro público, quien abona el correspondiente interés á la caja.—*El Monte de Piedad*, inmenso establecimiento, más mercantil que filantrópico, de aquella capital, no merece tantos elogios, por los crecidos intereses que lleva, y los medios poco escrupulosos con que brinda su mentido socorro á una poblacion imprudente y disipada.

Las prisiones de París no ofrecen tampoco tanto motivo de alabanza en lo general, y hasta son censuradas cada dia por escritores más ó menos parciales; sin embargo, es visible la mejora que se ha verificado de unos años á esta parte, y entre las actuales pueden todavía alabarse sin escrúpulo la de *Santa Pelagia*, para delitos políticos; la *Fuerza*, para criminales comunes; la de *Clichy*, para deudores; la de *San Lázaro*, para jóvenes penitenciados (que es una de las mejor dirigidas que hay en París), y la de la *Roquette*, donde se halla puesto en práctica el sistema de aislamiento del célebre Bentham.

Otros muchos establecimientos públicos pudiera citar entre los destinados á la administracion y buen orden de aquella populosa capital, tales como los cinco mataderos (*abattoirs*), construidos en tiempo de Napoleon, los cuales, por su bella disposicion y exquisita limpieza, merecen bien una visita del curioso viajero.— Los *acueductos* de San

German de los Prados, Belleville, Arcueil y los canales de *L'Oureq* y *San Dionisio*, obras costosísimas, á par que grandiosas en sus resultados de abastecer de aguas á aquella inmensa poblacion.—Los amplios y bien construidos *mercados* especiales de grano, de harinas, de vinos, de comestibles, de vacas, de volatería, de caza, de pescado, de ostras, de fruta, de flores, de ropas viejas, etc.

Merecerian uno y muchos artículos especiales las infinitas asociaciones particulares, industriales y económicas que tanta importancia tienen en la prosperidad de aquel pueblo; pero baste decir que he reunido y tengo á la vista más de cien reglamentos de otras tantas de ellas, con diversos objetos y denominaciones, sin que pueda pasar en silencio la que tiene por objeto el fomento (*encouragement*) de la industria nacional, que ha ligado su nombre á todas las invenciones útiles de este siglo; la sociedad de *Seguros contra incendios de casas en París* (calle de Richelieu, número 85), que cuenta con el asombroso capital asegurado de mil y seiscientos millones de francos (unos seis mil cuatrocientos millones de reales); la de *Seguros vitalicios* (en la misma calle, número 97), que tiene un fondo social de tres millones novecientos mil francos (cerca de quince millones seiscientos mil reales); y otras infinitas contra los incendios naturales y fortuitos de edificios y muebles, contra los riesgos del granizo, explosiones, transportes, navegacion, pérdidas de pleitos y de créditos comerciales en casos de quiebra, reemplazos del ejército, atropellos de carruajes, etc., las cuales completan una larga serie de establecimientos útiles y necesarios para neutralizar en lo posible las contingencias de la vida.

Por último, y para concluir este largo capítulo, me habrá de permitir el lector alguna ligera detencion para bosquejar uno de los objetos más interesantes bajo los as-

pectos filosófico y artístico en aquella capital, y señalar en él los gratos recuerdos que encierra para un visitador español.

El *cementerio* del Norte de París, llamado *del Padre Lachaise*, es un vasto y magnífico jardín, que desde los primeros años del siglo actual, en que fué destinado á este sagrado objeto, se ha visto cubierto de muchos miles de monumentos artísticos de la mayor magnificencia; y lo que es más, ilustrado con la rica aureola de gloria que derraman por su recinto los muchos nombres ilustres esculpidos en sus lápidas funerales. — En aquella soberbia *Necrópolis* (ciudad de muertos), en que entre dos generaciones han venido á pagar el humano tributo un *Foy* y un *Benjamin Constant*; un *Cuvier* y un *Talma*; un *Perrier* y un *Ney*; un *Massena* y un *Souchet*, grandes reputaciones de su siglo;—en aquel sagrado recinto, que, no contento con ellas, ha llamado á tan espléndido y mudo congreso los nombres gloriosos de los siglos anteriores, y recogido bajo su tierra amiga los restos del escritor filósofo de la corte de Luis XIV, el admirable *Molière*; del intérprete de la naturaleza *Lafontaine*; del cáustico *Beaumarchais* y del tierno *Delille*; — que ha levantado con los escombros del Paraclito una bella tumba gótica para los desgraciados amantes *Abelardo y Eloisa*; — en aquel jardín, en fin, que renueva la memoria del Eliseo de Virgilio, ó sea la espléndida evocacion de todas las sombras venerables de los que en las armas, en las letras ó en la tribuna defendieron é ilustraron á su patria, no puede ménos de conmoverse profundamente el hombre sensible ó el viajador filósofo que, atravesando sus bellos bosques, sus graciosas colinas y sus variados paseos, se halla detenido á cada paso con la multitud de fúnebres monumentos, las estatuas y nombres de las personas célebres que encierra.

Ningun sitio fuera de la capital ofrece puntos de vista más pintorescos y variados; y áun considerado meramente bajo el aspecto artístico, puede calcularse el interes que ha de excitar un inmenso jardin en que se encuentran más de cincuenta mil mausoleos de todas las formas y órdenes arquitectónicos, muchos de ellos de extraordinario primor, embellecido el todo por el frondoso ramaje de los árboles y las plantas, y por el interesante espectáculo de los piadosos parientes y amigos que vienen á rendir á los suyos los más tiernos homenajes, vertiendo lágrimas sobre sus tumbas, cubriéndolas de flores, y comunicándose con ellos, por decirlo así, á pesar de la muerte; y no se extrañará que á la vista de aquel sublime espectáculo, el extranjero, suspenso, sienta despertar un movimiento de simpatía por una nacion que sabe honrar así la memoria de sus pasados.

Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interes al encontrar frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos, levantados á la memoria de sus compatriotas, muertos en el destierro por consecuencia de las revueltas civiles.

Bajo un elegante templete de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado *D. Mariano Luis de Urquijo*, que falleció en París, en 3 de Mayo de 1817, á la edad de cuarenta y nueve años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripcion:

*Il fallait un temple à la vertu,
Un asile à la douleur.*

El Embajador *Duque de Fernan Nuñez*, el médico *García Suelto*, el sabio *Morales*, el marino *Guzman de*

Carrion, la Marquesa de *Arneva*, y otros varios compatriotas, yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan *la Isla de los Españoles*. — El *Príncipe de Masserrano*, grande de España de primera clase, reposa también allí, bajo un noble mausoleo, y á su lado, sobre una lápida modesta, que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español, bajo este tierno epígrafe:

*Sur ce noble mortel, aucun ruban n'a lui ;
Aucun titre ne le decore ;
Mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers comme lui,
L'Espagne serait libre encore.*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimiento del jardín, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atención del viajero español, por el hombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocación, inmediatamente vecino á las dos tumbas de *Molière* y de *Lafontaine*.

Su forma es sencilla, reduciéndose á un gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. Enfrente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción:

AQUÍ YACE
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES
Y DE AMENÍSIMO INGENIO.
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay elegantes dísticos latinos, en esta forma :

*Hic jacet Hesperiae decus, immortale Thalia
omnibusque carum patriae lugebit cives.*

*Nec procul hic jacet cujus vestigia secutus,
magnus scenæ parens, proximus et tumulo.*

Et post fata colit fedus amicitia

MANUEL SILVELA.

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en frances :

Concession à perpétuité, six metres de terrain.

*Sepulture de la famille Silvela
et de leur ami*

M. L. F. DE MORATIN.

Y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los señores *D. Manuel Silvela* y *doña Micaela García de Aragon*, su esposa, que yacen tambien bajo el mismo monumento que elevaron á la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de éste inmediatos á la tumba que encierra los del gran Molière, *cuyas huellas siguió en vida y en muerte*, fué una feliz inspiracion, y parece que no dejó de haber inconvenientes para realizarla, por estar de antemano ocupado aquel sitio por otras

tumbas; pero todo fué vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que reparando el injusto desden de su patria, acertaron á colocarle al lado de su ilustre modelo, y del pintor fabulista, del filósofo *Lafontaine* (1).

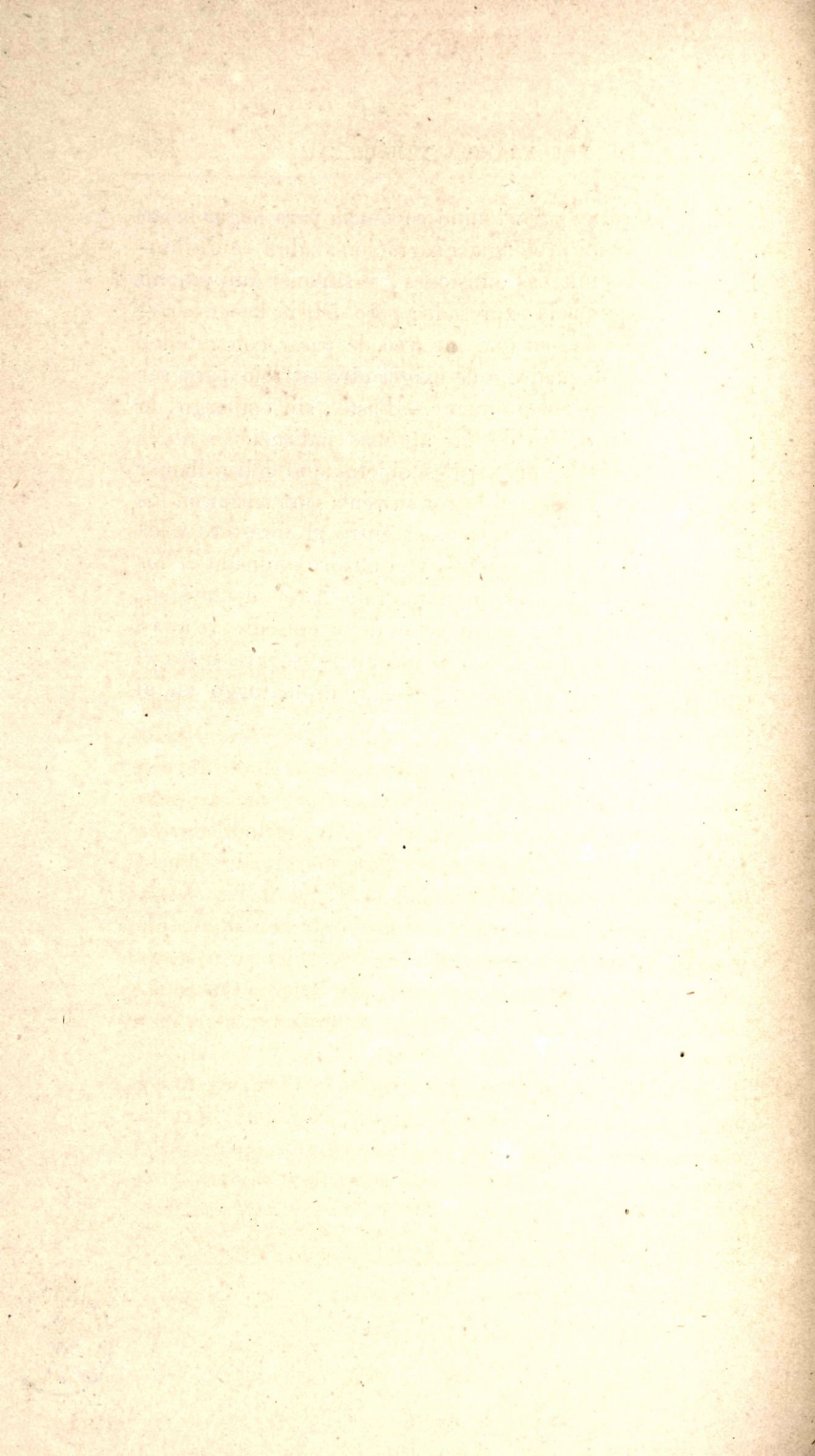
Por último, inmediato á la tumba de Moratin, y ántes de llegar á ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negro elevada como una cuarta sobre el piso del jardín, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del *Polo del contrabandista*, y sobre la lápida el nombre del distinguido cantor y compositor español que allí reposa, MANUEL GARCÍA.

Los demas cementerios públicos, denominados de *Montmartre*, del *Monte Parnaso*, de *Picpus*, de *Santa Catalina*, del *Calvario* y de *Vaugirard*, son, aunque más en pequeño, de la misma forma y disposicion, y encierran monumentos notables.—Por último, las *Catacumbas*, inmensa extension de bóvedas que corren por bajo de los cuarteles meridionales de París, es el sitio en donde reposan los restos de cuarenta generaciones, cuyo número de individuos está calculado en ocho veces la poblacion viviente de la capital. Estos huesos, formando el techo de la bóveda y el revestido de sus paredes, producen un aspecto singular y filosófico.

(1) Es sabido que por Real órden fueron trasladadas á Madrid las cenizas del ilustre Moratin, en 12 de Octubre de 1853, juntamente con las del malogrado D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, y depositadas en las bóvedas de San Isidro el Real. A nuestro juicio, y prescindiendo del honroso tributo rendido á la memoria de aquel insigne ingenio, su sepultura en París, cercana á la de Molière, tenía más lógica y poesía.

El lector que haya tenido paciencia para llegar hasta este punto de mi prolongada narracion, habrá de disimular todavía las muchas omisiones, y suponer áun mucho más de lo que queda expresado; pero deberá hacerse cargo de la necesidad en que me veo de pasar con rapidez por tan extenso cuadro, que exigia otro espacio para ser desenvuelto convenientemente.—Baste, sin embargo, lo dicho para mi objeto de dar algunas indicaciones útiles al viajero sobre los principales objetos que deben llamar su curiosidad, y déme el lector su vénia para trazar en los últimos capítulos las relaciones entre el forastero y los habitantes de aquella capital, y el cuadro animado de los espectáculos y placeres que tan grata hace su mansion, permitiéndome ántes la narracion de un episodio, relativo á uno de los objetos mencionados anteriormente, ó sea el entierro que presencié de un célebre dramaturgo en el cementerio *Montmartre*.





XII.

ENTIERRO DE VÍCTOR DUCANGE (1).

Al día siguiente de mi llegada á París leí en los periódicos este aviso : « *Acaba de morir MR. VÍCTOR DUCANGE, autor de comedias; el entierro se verificará á las 11 de este día, saliendo de su casa, calle de Engheien, número 20.* »

No fué menester otra cosa para excitar mi natural curiosidad; ceremonia nueva, autor conocido, dos circunstancias interesantes para un recién llegado.—No hubo más, sino que, sin detenerme ya en preparar mis visitas y cumplidos, tendí la vista por el plano de París, estudié bien estudiada la topográfica situación de la calle de Engheien, y ántes que sonáran las once, ya me encontraba delante de la casa mortuoria, cubierto todo de luto, y tan atribulado, que parecía ser una de las víctimas del trágico dramaturgo.

Yacia éste en su ataúd en el punto céntrico del portal, adornado con sendas bayetas negras; como mi prisa ha-

(1) También este capítulo episódico pertenece al primer viaje del autor (1833-1834), en la ocasión en que estaban en el apogeo de su celebridad las nuevas doctrinas literarias, apellidadas *romanticismo*, cuya exageración tanto se prestaba al ridículo.

bia sido tal, que llegaba el primero á ofrecerle mi cumplido, tuve tiempo de entregarme á reflexiones patéticas, cual si dijéramos entresacadas del *Verdugo de Amsterdam* (1). En esto se venía á más andar el mediodía, y ya cerca de él fueron llegando sucesivamente los amigos y convidados, y hasta seis (si no eran siete) coches de duelo, todos por supuesto alquilados á 30 *sous la hora*. Precedíales una especie de galera con negros cortinajes y dirigida por un cochero, que en aquella circunstancia hubiera tomado un poeta clásico por el fatal Caronte; y ésta fué la que, cargando con el finado, abrió lentamente la marcha, siguiéndole en pos los demas carruajes, y una doble y luenga fila de pedestres aficionados, entre los que tuve la fortuna de contarme.

En tanto que nos dirigiamos al cementerio, atravesando calles y plazas, todo se me volvía contemplar una por una las condiciones y semblanzas de los diversos personajes que me rodeaban, en los cuales creia columbrar los originales de los retratos que tengo en mi gabinete.—No es extraño; cuando llega uno á París se figura que todos cuantos tropieza son hombres grandes; y ademas, atendida la circunstancia, yo tenía derecho á creer que estaba en una reunion de sabios; así que no habia calvo que luego no tomase por *Beranger*, ni rostro alegre que no calificase de *Jouy*, ni lánguido á quien no llamase *Lamartine*, ni facciones abultadas y espaciosa frente que no fueran las de *Victor Hugo*, ni mirar penetrante que no me denunciase á *Scribe*.

Pero aún habia otro motivo más para hacérmelo creer; conviene á saber: los trajes y arreos de muchos de aquellos circunstantes, en cuyo aparato habia algo de extraordinario, que yo no sabía definir.—Cuál, por ejemplo,

(1) Uno de los dramas de este autor.

ostentaba una luenga barba por encima de la corbata; cuál se contentaba con un mechon; éste dejaba flotar largas melenas sobre sus espaldas; aquél descubria su cabeza semi-afeitada con sólo una ligera cresta sobre la frente;—sombrosos de forma misteriosa; justillos á medio cuerpo, levitas á los talones, cuello y anguarinas más ó ménos simbólicas, que me dejaban pasmado.—No hay remedio, exclamaba, sabios son, y sabios de á folio.

Pero entre tanto todo era soliloquio, ó para mis adentros, como suele decirse; porque asaltado por el religioso respeto de tanta sabiduría, no osaba dirigir la palabra á ninguno.—Sin embargo, rabiaba por hablar y por informarme de todo; pero no sabía á cuál dirigir mi interrogatorio; hasta que, por último, me decidí á dar preferencia á uno que me pareció cortado para el caso; porque hablaba y bullia mucho, y tan pronto le veia en la delantera como en la retaguardia del convoy; y todos le tenian en mucho, y él á todos les correspondia con agasajo y atencion.—Con éste, pues, entablé mi plática, y sin que sea mi ánimo estamparla aquí punto por coma, díjele que era un extranjero recién llegado á París, que conocia de reputacion á Víctor Ducange, pues que habia visto en Madrid *Quince años há*, y los *Treinta del jugador*, de aquel ingenio, con lo cual no podia ménos de interesarme el haberle encontrado en aquella situacion tan dramática.

—¡Calle! (me interrumpió mi contrincante con un tanto de admiracion), ¿con que han llegado hasta Madrid los dramas de Mr. Víctor?

—Sí, señor, que han llegado, y con la más cabal salud, y todos los dias se representan, y se aplauden y gustan que es un horror.

—¡Vea V., y luégo dirán!

—A decir verdad, nosotros los aplaudimos por várias

razones : la primera, porque van de esta capital, y ya es sabido que todo lo que va de ella es excelente.

—¿De véras?

—La segunda, porque se nos anuncian como piezas que en ésta han producido furor.

—Diré á V., lo que es furiosas.....

—La tercera, en fin, porque se recalca sobre el epíteto del *célebre* Víctor Ducange.

—¿Tambien ésa? ¡Pobre Mr. Víctor! ¡Que no pudiéramos decírselo al oído! ¡Él, que nunca pudo hacer rabiarse más que á los concurrentes del teatro de la Alegría! (*Gaité*).

—Me deja V. pasmado.

—¿Con que, es decir, que, segun V. dice, el drama sanguíneo está á la moda en Madrid aún más que en esta capital?

—Diré á V. : con esto nos sucede como con las lanas que nos vuelven VV., elaboradas á su modo, ó como con los barcos de vapor, con los viajes alrededor del mundo, con la enseñanza de sordo-mudos, con la representacion nacional y con otras muchas cosas que hemos tenido ántes que VV. y luégo las olvidamos; pero así que las hemos visto renacer en París, hemos corrido á buscarlas, las hemos tomado como nuevas, y nos hemos pasmado de sorpresa. Quiero decir, que mucho ántes que esos *románticos* con que VV. nos dan dentera, existieron entre nosotros los Lopes y Calderones, los Rojas, Tirso, Moretos, Castros y Cubillos, y á fé que si V. leyera algunas de sus comedias, por ejemplo *El Rico hombre de Alcalá*, *García del Castañar*, *La Vida es sueño*, *El Médico de su honra*, *El Burlador de Sevilla*, *El Tejedor de Segovia*, *La Estrella de Sevilla*, *El Alcalde de Zalamea*, *el Pastelero de Madrigal*, *Casarse por vengarse*, y otras infinitas, veria que no hablo al aire, y que lo que á nosotros nos hace falta son Molières y Corneilles, no *Hernanis* ni *Jugadores*.

Al oírme citar en la misma línea composiciones de autores para él tan diferentes, empezó á hablarme de la aristocracia literaria y de las jerarquías de segundo órden, de los famosos bandos dramáticos, y demas bataola de este siglo de escisiones; y yo, aprovechando esta ocasion de satisfacer mi curiosidad, díjele que, á pesar de aquellas disensiones, me figuraba que unos y otros habrían prescindido de su derecho respectivo para reunirse á rendir á su compañero el último tributo, y que, por consecuencia, me creía en aquel momento rodeado de todos los personajes del Parnaso contemporáneo.

—¡Qué disparate! me replicó con prontitud: vea V.; todos esos de la fila en que V. va, son cómicos de los teatros del Boulevard.

—¿Es posible? (exclamé, pasándome disimuladamente á la otra fila, en que formaban las exóticas figuras que arriba dejo indicadas). Y éstos ¿quiénes son? preguntéle con cierta desconfianza.

—Estos son *los románticos outrés*.

—¿De verás? con que al fin veo los célebres...

—Alto ahí, que todavía su celebridad está en mantillas. Ni Víctor Hugo, ni Alejandro Dumas, ni Chateaubriand, ni D'Arlinecourt están aquí, y todos éstos no son más que jóvenes arriscados, autorcetes noveles, abastecedores de los teatros subalternos, improvisadores de fatídicas novelas, dramas compungibles y cuentos fantásticos.

—Sí, sí, entiendo, como si dijéramos *Galerías de sombras y espectros ensangrentados* (1).

—Precisamente.

—Pues no diga V. más; hace tiempo que se conoce

(1) Título de una obra que por entónces se publicaba en Madrid.

ese género en nuestra aduana; pero callar y callemos, que veo que nos observan, y no quisiera dar motivo á estos señores Shakespeares novísimos para una escena *de efecto* de alguno de sus dramas.

— No, señor, no haya miedo; todos me tienen que tener contento.

— ¿Es V. acaso el empresario de algun teatro?

— No, señor; soy periodista.

— Ya.

Á este punto llegábamos de nuestra plática, cuando entramos por la puerta del cementerio, que, por lo que puede interesar al caso, es preciso que se sepa que no es, como los nuestros, un descarnado patio con triples ó cuádruples filas de letreros en la pared; sino un inmenso y pintoresco jardin, sembrado, por decirlo así, de tumbas y monumentos de todos gustos y dimensiones; sombréanlas multitud de árboles y plantas de deliciosa perspectiva, que mitigan el horror de aquellos sitios é inspiran una dulce melancolía; la virtud, el talento y el orgullo se ostentan alternativamente en emblemas ingeniosos, alegorías sublimes y filosóficas inscripciones; y el extranjero que por primera vez pisa aquel recinto no puede ménos de experimentar un verdadero asombro y mostrar interes por un pueblo que honra de este modo la memoria de los que ya no existen.

Mi imaginacion habia experimentado una rápida transicion á estas sublimes ideas, y ocupado enteramente en ellas, seguia los movimientos del carro fúnebre para presenciar el resto de la ceremonia. — Atravesamos lentamente gran parte del cementerio por los espaciosos paseos que le cruzan; y llegados á una altura, hizo alto el coche, y los encargados del cementerio descendieron el ataud: seguimosle todos con un religioso silencio, y nos encami-

namos á una isleta, en medio de la cual habia un hoyo profundo; en derredor de él formamos un gran círculo, y presenciarnos la colocacion del féretro en lo más hondo de aquél; entónces, uno de los más allegados al difunto pronunció un corto y enérgico discurso acerca de sus cualidades y del mérito de sus obras; concluido éste, mi compañero de conversacion (que habia corrido la voz de que yo era extranjero, y hecho de modo que se me diera un lugar preferente) me alargó un puñado de tierra, y al arrojarlo sobre el ataud no pude ménos de experimentar cierta conmocion: todos en seguida hicieron lo mismo, y muchos ayudaron á cubrir la sepultura con coronas de siemprevivas, que habian tomado á la puerta; hasta que, igualado que fué el terreno, se colocó en él provisoriamente una sencilla cruz negra con estas solas palabras: «VÍCTOR DUCANGE.»

La comitiva, dispersada por las sombrías calles del cementerio, fué desapareciendo poco á poco; mi compañero tambien me dejó, citándome para de allí á dos dias en el teatro de la puerta de San Martin, que era el estreno del famoso drama *María Tudor*, de Víctor Hugo (1), y yo me quedé solo, recorriendo aquellos sepulcros con una sensacion difícil de explicar, saboreando el placer de meditar sobre las tiernas inscripciones que á cada paso encontraba.

—«¡ Oh, hija mia! tierra feliz, haz florecer sus virtudes.»

(1) Efectivamente, asistí á este estreno, y en mi vida olvidaré el espectáculo revolucionario que presentó aquella noche el pacífico templo de las musas.

— «Bajo estas flores descansa un buen padre; ellas crecerán, porque serán regadas por nuestras lágrimas.»

— «La muerte me ha separado de mi esposa para hacerme más grato el momento en que nos ha de reunir.»

— «La patria llama al héroe muerto, y éste por la primera vez no responde á su acento.»

Y otros infinitos epígrafes que me llenaban de entusiasmo; y ya iba á llegar á la puerta del cementerio, cuando llamó mi atencion el siguiente mote:

— «Aquí yace N., bonetero; fué buen padre, buen esposo y buen ciudadano: pasajero, ruega á Dios por él.»

Y más abajo, en letras menudas, continuaba :

— «La viuda inconsolable tiene el honor de prevenir al público que sigue con el almacén, calle de... núm...»

¡Válgame Dios! exclamé dando un suspiro y echándome fuera del cementerio... «¡Adónde diablos el reclamo ha ido á anidar!...» ¡Bien se ha dicho que *de lo sublime á lo ridículo no va más que un paso!*

XIII.

PARIS RECREATIVO.

Se ha dicho, no sin fundamento, que al establecer una nueva colonia, lo primero que hacian los españoles era fundar un convento, los ingleses una factoría y los franceses un teatro; y siguiendo esta regla de proporcion, la capital de Francia debe tener, y tiene efectivamente, tantos espectáculos escénicos como establecimientos mercantiles la de Inglaterra, como iglesias y conventos poseia hasta hace pocos años nuestro Madrid.

Prescindiendo del aparato teatral de la política, que en aquella capital, madre de las revoluciones y aplicadora práctica de toda clase de teorías, despliega su formidable aspecto civil ó militarmente, segun las ocasiones;—dejando á un lado tambien la escena viva de la sociedad, en la cual campea con todo su poder la inclinacion, el instinto normal de los franceses hácia los juegos escénicos y su fingida declamacion;—haciendo abstraccion de las recepciones oficiales de la córte en que un rey ciudadano (que representa felizmente su papel) contesta con largas y poéticas peroratas á las no cortas que le dirigen los públicos funcionarios; ó vestido con el uniforme nacional estrecha entre sus manos las de sus *bravos camaradas*, que